

historias de resiliencia



índice

Claves para la resiliencia 03

Factores clave que ayudan a desarrollar resiliencia en las historias compartidas 04

Historias de resiliencia

Ángel 06

Montse 08

Sukeina 10

Awa 12

Jose 15

Ana 18

Julia 21

Seynabou 25

Roxana 27

Herminia 30



¿Cómo prosperan algunas personas en medio de serios desafíos, mientras que otras se sienten abrumadas por ellos? Muchas investigaciones en el campo de la psicología están trabajando para identificar qué ayuda a superar los obstáculos y prosperar cuando las probabilidades están en contra.

El concepto de resiliencia ha sido desarrollado magníficamente por Boris Cyrulnik (1999), destacado psiquiatra francés sobreviviente de la persecución nazi, quien la define como la “capacidad de conseguir vivir y desarrollarse positivamente, de manera socialmente aceptable a pesar del estrés o la adversidad que comporta”.

Por tanto, puede considerársela como una cualidad que permite a las personas ser competentes y alcanzar logros a pesar de circunstancias difíciles. A algunas personas de entornos difíciles les va bien desde pequeños. Otras florecen más tarde y encuentran su camino una vez alcanzan la edad adulta. Si además, incluimos la mira intercultural, el resultado de la resiliencia puede llegar a ser aún más efectivo.

En las historias que hemos compartido se pueden evidenciar dos grandes rasgos que las caracterizan y están presentes en todas ellas: el apoyo de terceras personas y la capacidad de recuperación.

Sobre este tema, Ann Masten, pionera en la investigación de la psicología del desarrollo, se refirió a la resiliencia como “magia ordinaria”.

Y es que las personas resilientes no tienen ningún tipo de “superpoder” que los ayude a perseverar mientras otras se tambalean. No es un rasgo con el que nacemos; es algo que se puede fomentar.

A ello ayuda el contar con la presencia o el apoyo de personas que a lo largo de la vida pueden estar presentes otorgando afecto, compañía, ejemplo o protección. Y la capacidad de recuperarse de las experiencias traumáticas y seguir adelante intentando dar respuestas que conduzcan a una situación mejor, como observamos en estas historias.



Factores clave que ayudan a desarrollar resiliencia en las historias compartidas

1. Estrategias de afrontamiento críticas

Un aspecto común a todas estas historias es la utilización de las denominadas estrategias de afrontamiento críticas, es decir, los esfuerzos, para hacer frente a las demandas internas y ambientales, y los conflictos entre ellas, que exceden los recursos de la persona.

Ante estas difíciles situaciones vividas, las protagonistas mediante sus relatos, nos transmiten su capacidad de concentrarse para resolver las situaciones difíciles que les ha tocado vivir y no dejarse vencer ante la adversidad, pudiendo determinar en cada ocasión lo que está sucediendo y dar respuestas acordes a la situación, bien como: perseguido político, migrante, desplazadas de guerra, víctimas de la pobreza, migrantes rurales, víctimas de violencia de género, discriminación racial o en la búsqueda del propio camino interior.

2. Control del comportamiento y las emociones

Otro aspecto clave, común, es el control del comportamiento y las emociones, que se evidencia en el mantenimiento del equilibrio emocional, ante las situaciones difíciles. Además, en todos los casos se evidencia que el "locus de control es interno", es decir, que el centro de control de las situaciones se realiza desde la propia persona, no se responsabiliza de las circunstancias adversas, a otras personas o al destino, sino que se asumen y se actúa en consecuencia para salir de ellas.

3. Relaciones interpersonales

Un punto que adquiere suma importancia en estas historias de vida es el que tiene que ver con las relaciones interpersonales, que parece ser la base que ha mantenido a todas ellas ancladas en la vida, proporcionando un sentido de seguridad y pertenencia. Así como las diferentes miradas de amor, afecto o generosidad hacia los demás, bien tengan su origen a nivel filial, parental, grupal o vecinal.



Estas relaciones que se pueden denominar de “apego” por su carácter afectivo positivo han sido cruciales para el desarrollo emocional y social en cada una de estas historias. Destacando en todas ellas experiencias participativas caracterizadas por la presencia de elementos como la generosidad, entrega a los demás, compañerismo, cooperación, búsqueda del bien común, etc.

Sobre este aspecto escribía Hermann Hesse, que “...sabes muy bien, en lo profundo de tu ser, que solo existe una única magia, un único poder, una única salvación... y se llama amor. Por tanto, ama tu sufrimiento. No te resistas a él. Es tu odio el que te hace daño, nada más”

La resiliencia también se fomenta en estos casos a través de varios aspectos, entre los que destacan tres: la comunicación, la autonomía y la participación/cooperación.

3.1. La comunicación

La comunicación contextualiza lo sucedido otorgándole un lugar en el devenir de la vida, cuando escuchamos estos relatos observamos la dureza de cada uno, a pesar de lo cual, notamos cómo se tornan en aprendizajes que han ayudado a crecer a sus protagonistas, quienes relatan lo sucedido con autoafirmación y entereza.

3.2. La autonomía

Por otra parte, la autonomía, que conduce a la búsqueda de alternativas o soluciones, está muy presente. Intentando por si mismas las veces que fuese necesario y superando los fracasos hasta encontrar su camino y su lugar.

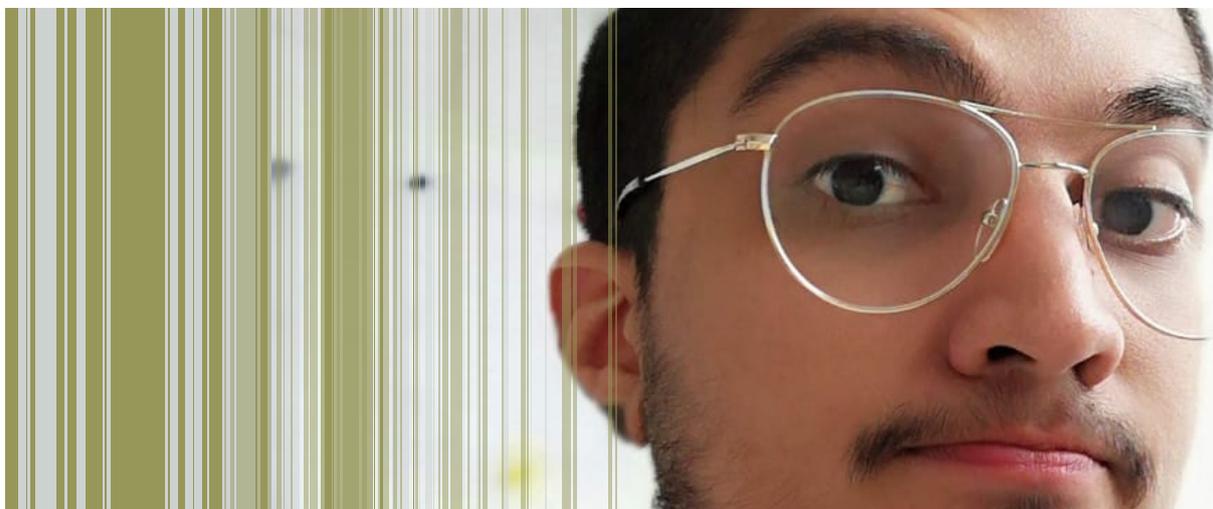
3.3. Participación/cooperación

Finalmente, pero no menos importante, la participación/cooperación, como ese eje fundamental que posibilita la generosidad de darse a los demás, desde diferentes estilos y posiciones, superando las dificultades personales para compartir con el otro. En estos casos el aprendizaje social junto al emocional, fueron ganando terreno para comprender y manejar sus propios sentimientos, desarrollar empatía por los demás, tomar decisiones responsables y resolver problemas.

“Cuando te ves encerrado en cuatro paredes de dos por dos, solamente te tienes a ti mismo. Eres tu contigo mismo. Y creo que esa es la lucha más fuerte que tenemos los seres humanos”. Ángel pronuncia estas palabras mientras recuerda los tres meses que estuvo preso en Venezuela por revelarse ante la situación que vivía su país. Al salir, sus padres le dieron el dinero que pudieron y un billete para España. La tensión que vivían en su casa por la persecución a la que estaba sometido, les obligó a separarse para ponerse a salvo. Tenía 21 años y de la noche a la mañana se vio solo en Tenerife.

Dejó atrás a su familia, su carrera de Derecho y el mundo que conocía hasta entonces. “No conseguía empleo o muy mal pagado. Hubo un momento que tuve que reducir tanto el dinero que compraba pasta y atún y hacía una comida al día para poder ahorrar para tener una cama y un techo”, relata. Tampoco tenía amigos, pero su experiencia en la cárcel le sirvió para aprender “a buscar cosas con las que mi mente pudiera disfrutar”.

Así que una noche Ángel aprovechó la celebración del Plenilunio Santa Cruz para conocer la ciudad. “Al volver no sabía dónde tomar el bus de regreso a casa y les pregunté a dos jóvenes, eran Daura y Nico”, recuerda. “Me explicaron de una manera tan abierta y tan bien que acabamos conversando y perdí mi guagua. Por ellos conocí el grupo de Juntas En la misma dirección Jóvenes por la diversidad y a partir de ahí se me abrieron las puertas, no solamente a un gran equipo, sino a una familia. Mi vida cambió. Empecé a inspirarme en las historias de cada uno y



me encantó el concepto de reunirme con jóvenes de otros países que estaban en Tenerife y que eran iguales que yo. Habían pasado cosas duras, habían dejado su tierra, su familia y estaban ahí. Eso me motivó”.

A partir de ahí, vino una experiencia en Bulgaria, donde trabajó como voluntario en proyectos culturales, ecologistas y con personas refugiadas que llegaban a la frontera con Turquía.

“Eso también me puso en mi sitio. Yo

tuve que salir de mi país y pude llegar en un avión, no tuve que caminar miles de kilómetros. Muchas de estas personas refugiadas te veían al llegar, sonreían y nos abrazábamos. No importaba que no habláramos el mismo idioma, porque nos entendíamos con el corazón”. Unos meses después regresó a Tenerife. Intentó crear una empresa que no funcionó. También se enamoró y el amor le llevó a vivir en Alemania. Esa historia terminó, pero no la de Ángel que continuó en el país. “Fui mejorando con el idioma y también aprendí bastante de cada persona con la que trabajé en restaurantes, limpiando o empaquetando. Luego empecé a estudiar enfermería y la semana pasada me gradué con buena nota, soy el segundo de la clase”. Ángel tiene ya 27 años, hace seis que lo que era su vida se vio interrumpida. Siguió adelante y ahora está esperando la respuesta de un hospital para empezar a trabajar. Su experiencia es un ejemplo de resiliencia, esa capacidad de asumir situaciones límite y sobreponerse a ellas que tenemos en común la humanidad. Una capacidad que tenemos todas y cada una de nosotras, las personas que ahora mismo estamos dentro de nuestras cuatro paredes, con nosotras mismas y también en cierto modo junto a las demás, actuando en comunidad.



Ángel

“Te voy a contar una anécdota: Una vez en Los Cristianos, me encontré con una gente de mi pueblo y hacía tiempo que no nos veíamos. Nos saludamos y me dicen: Montse, por fin te casaste. Y digo: No, yo no. Y dicen: Ay, la pobre. Y yo les contesté: Mira, eso no sé sabe porque para estar sometida...”. Montse dejó su Isla bonita para estudiar Magisterio en la Universidad de La Laguna, pero cuando aprobó las oposiciones volvió. “Mi madre no paraba de dar la lata con que me casara”, explica. Así que, entre semana, era maestra en una escuela de Barlovento y, cuando llegaba el fin de semana, atravesaba un barranco para ir a la casa de su familia. Aunque, reconoce, no pisaba mucho el hogar familiar porque “no paraba de relacionarme con la gente, no paraba. Todavía me pasa. Siempre he sido una persona muy independiente y mi madre quería que me casara, me buscaba hasta novio y todo. Pero yo no paraba en casa”. Así que a la madre de Montse el tiro le salió por la culata.



Marchó a la península y de ahí a República Dominicana, donde vivió cinco años. “Fue una época tan bonita... Allí aprendí a conducir. Nos reuníamos con agricultores para ver cómo aprovechaban el agua, estábamos con la gente para ver cómo podíamos ayudar, dar alimentos, medicamentos, todas esas cosas”, relata. Volvió a España con el afán de trabajar para acabar con las desigualdades y la convicción de que juntos se llega más lejos. “Siempre me ha gustado innovar, hacer cosas nuevas, y eso te lleva a conocer a otras personas, a escuchar y hablar con la gente. Y al final eso también te lleva a aplicar metodologías participativas”. Pero al volver se dio de bruces con la dictadura. “Eran los años de la represión, que no te

podías ni reunir. Y al final regresé a Tenerife. Estuve diez años en el sur de la isla, en Alcalá, y dábamos clase a la gente de los tomateros. Allí fundamos la asociación de vecinos también. De ahí me fui ya a vivir a El Sobradillo y trabajaba en el colegio de aquí. Desde que llegué me metí en la asociación de vecinos y aquí sigo”.

Al final Montse no se casó. Ni falta que hizo. “Yo estoy enamorada de El Sobradillo porque es reivindicativo, solidario y creativo. Aquí he descubierto que luchar no es solo salir a quejarse, también es actuar para cambiar lo que no te gusta”. Ahora le gustaría escribir una historia de mujeres, la de su abuela, su madre y ella. A su abuela “la querían casar con uno de Cuba que no era su novio, un vecino músico”. Su madre, que “hacía de todo y era ahorradora”, en su casa “era la que ponía los puntos sobre las íes”. ¿Y ella? “Yo soy una lanzada. Hay que hacer esto, pues se hace. Ante las dificultades, yo me crezco. Las situaciones difíciles sirven para superarse”.





“Nací en el Sahara Occidental cuando era el Sahara español. Mi infancia fue muy bonita, la recuerdo con mucho cariño. Somos una familia numerosa de nueve hermanos y crecimos en La Güera, un pueblo pesquero que está en la parte más al sur del Sahara, cerca de Mauritania. Ahora está deshabitado, pero había de todo: un cine, un hospital, ... Mi madre era enfermera diplomada. Recuerdo que atendía a los canarios que venían en barcos de pesca cuando se enfermaban”, relata Sukeina Ndiaye. Ella entonces no lo sabía, pero su vínculo con Canarias, muy presente en su tierra con la que también compartimos el Atlántico y hasta el gofio, sería aún más intenso.

Sukeina llegó a Tenerife hace ya más de veinte años. Atrás había dejado hace mucho su entrañable niñez, interrumpida bruscamente cuando llegó la guerra del Sahara. “Yo era una adolescente, tenía muchos sueños, como toda persona a esa edad. Yo quería ser periodista”, cuenta a quien la entrevista consciente del guiño que se crea al otro lado del teléfono.

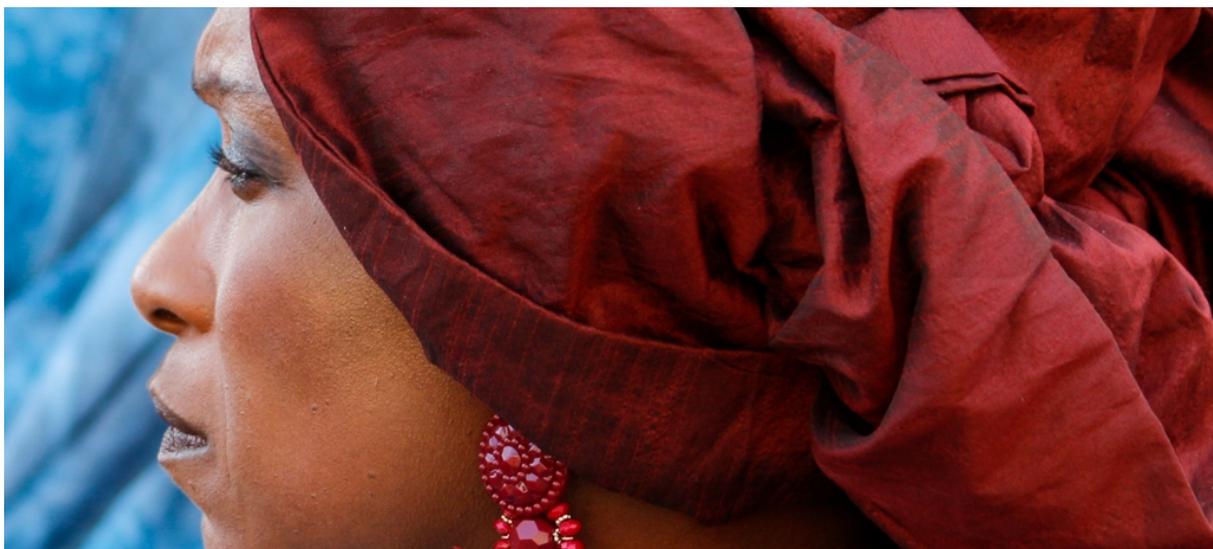
El exilio que siguió a su marcha de La Güera ella lo pinta de suerte, aunque siendo plenamente consciente de la dureza e injusticia que suponen este tipo de situaciones. “Como miles de saharauis, yo tuve la oportunidad de emigrar a un campamento de refugiados. Conseguimos vivir allí, pero los principios fueron duros. Eran los años de la guerra. Vivíamos en tiendas de campaña y la situación económica era dura. Yo ya viví el confinamiento de estar en un campamento sin poder ir a ningún otro sitio y con toques de queda. Hicimos zanjas y realizábamos simulacros para que todo el mundo estuviera preparado porque no se sabía lo que podía llegar a pasar”, relata.



“Teníamos hermanos, esposos y hasta hijos en la guerra. Y no había móviles. Llegaban cuando tenían que llegar. Fuimos las mujeres las que cogimos las riendas de los campamentos. Organizábamos todo: sanidad, educación, ... No había suficiente alimentación y la ayuda humanitaria que llegaba para eso también la gestionábamos. Por eso, a nosotras nunca nos ha faltado la libertad. Las mujeres saharauis han luchado para tener ese respeto en la sociedad, somos mujeres capacitadas e independientes. Y los hombres nos respetan como mujer, como hermana, como amiga, como pareja, como abuela, como sobrina, como tía, ... Somos un pueblo muy abierto”. Y lo dice con conocimiento de causa. También porque ella está separada desde hace muchos años y responde sorprendida a la pregunta de si eso ha sido un inconveniente como mujer árabe: “En el pueblo saharauí no hay prejuicios sobre la mujer por estar soltera o casada”.

Sukeina creció entre la libertad y el destierro. Quizás por eso en su voz trasciende un orgullo que solo se da una tregua cuando habla aliviada de lo que supuso llegar a Tenerife y poder empezar a vivir con sus cuatro hijos e hijas, hasta entonces separados en familias de acogida en distintos puntos de España. Eso fue lo primero que hizo al llegar a la Isla. Lo segundo fue usar su melfa como emblema. “La gente nos ve con la vestimenta saharauí, la melfa, y ya se hacen una idea equivocada sobre la mujer árabe africana. Piensan que no tiene libertad, pero incluso las mujeres que están viviendo en las zonas ocupadas siguen siendo mujeres empoderadas. Hay tanta fortaleza y tanta fuerza de voluntad en esas mujeres que uno diría que no han vivido lo que han vivido”. Y al hilo de esto nos recuerda que “la fortaleza está en el ser humano y siempre podemos sacar la parte positiva de los malos momentos. De todo se sale, no hay nada permanente”.

La parte positiva que ella se lleva de su experiencia como mujer saharauí es el empoderamiento que obtuvo, “el mejor regalo que me llevo de allí”, afirma. No es casualidad que a un regalo también se le denomine presente, Sukeina acaba su historia asegurándonos lo siguiente: “Yo soy una mujer árabe, saharauí, africana y soy libre, nunca he estado sometida ni lo estaré hasta el día en que me muera”.



“Mi nombre es Awa Ndiaye. Soy senegalesa, madre de cuatro hijos y llegada a Tenerife desde hace veintisiete años ahora. Llegué casada, pero mi marido ya falleció, que en paz descanse. Mis hijos nacieron en Tenerife y para mí son senegaleses chicharreros, como aquí se dice”. Awa llegó desde Senegal en avión y recuerda que “en esa época también se requería visado, pero no era tan difícil conseguirlo como hoy porque la gente tampoco venía para buscar una vida mejor. En mi época, la gente de mi país viajaba para irse de vacaciones, ahora para buscar un futuro mejor”. En su caso, más que una vida mejor, lo que le trajo a Tenerife fue construir su propia familia. Su marido ya vivía en la Isla, así que tras la boda dejó su trabajo y puso rumbo Atlántico arriba, hacia Canarias.

Para ella “la mayor dificultad de migrar es la familia que dejas atrás. Tener que vivir fuera de Senegal al principio era doloroso porque piensas que te vas a perder algunos valores de tu cultura o te preguntas cuándo vas a volver a casa”. Sin embargo, la vida a Awa le tenía guardado un as en la manga: “Yo llegué a Tenerife hablando español porque en Senegal tenemos la suerte de que, si puedes ir al colegio, a partir de primero de la ESO es obligatorio el inglés. En Primaria ya hablamos francés porque Senegal es una excolonia francesa y, además, a partir de tercero de la ESO es obligatorio elegir una tercera lengua, ya sea italiano, español, alemán, árabe o portugués, para complementar el francés y el inglés que ya estás hablando. Yo en su momento elegí español sin saber que un día viviría en España”.



Por aquel entonces Awa vivía en Dakar, aunque nació más al norte, en Saint Louis. “Mi infancia fue muy feliz”, rememora, “yo soy de una familia polígama. Mi padre tenía bastantes mujeres, por lo cual en casa somos unos cuantos. Cuando era pequeña, yo no reconocía quién era hijo de mi madre y quién era hijo de otra mujer de mi padre. A mí no me costó entender que mi hermano no era hijo de mi madre y a la vez, al ser hijo de su marido, era hijo de mi madre también”.

En su relato, pesan las palabras comunidad, solidaridad y educación, la que más se repite después de suerte . “En mi casa, por suerte, todos pudimos ir al cole porque mi padre valoraba mucho la formación de sus hijos. La gente me dice que yo la parte que tengo de solidaria la cogí de él. Recuerdo que en casa siempre los viernes (el día santo), después del rezo de mediodía, había una fila grande de gente humilde y mi padre distribuía donaciones”. Ahora Awa compagina su trabajo como intérprete en los juzgados y en la Policía Nacional con el de presidenta de la asociación de senegaleses Diapo, que en wolof significa unión .





Y ante la actual crisis sanitaria, hace alusión a la capacidad de resiliencia de las personas que como ella han tenido que migrar: “Hemos aprendido cómo sobrevivir siendo inmigrantes y esta lección nos sirve hoy de algo porque desde que empezó el confinamiento, desde que empezó el tema de la Covid-19, nos hemos organizado como hemos podido entre los inmigrantes de la Isla mediante lo que hemos llamado Red Migrante Tenerife, para la que nos ha servido todo lo que hemos aprendido en Juntas En la misma dirección, porque somos parte integrante también desde hace bastantes años de esta estrategia. A través de esta red estamos ayudando a nuestras comunidades. Por mi parte, por ejemplo, estoy ayudando a todas las personas de la comunidad senegalesa que puedo para que reciban los alimentos necesarios y les estoy asesorando un poquito para rellenar todos los formularios que se piden para poder beneficiarse de las ayudas que el Gobierno de Canarias está dando”.

Awa suele decir que tiene el corazón dividido en dos, “una parte aquí y otra en Senegal”. Recuerda que al llegar se sintió “desde el primer momento como en casa porque tenía estudios y ya hablaba español, con lo cual no fue muy difícil para mí comunicarme con la gente que me encontré aquí”. Ahora, como ella dice, tiene la suerte de que frecuentemente vuelve a su país. “A mí me gusta que mis hijos sepan cuáles son sus raíces y, aunque yo les puedo hablar de nuestra cultura, ellos tienen que vivirlo y por eso cada vez que puedo procuro que mis hijos vuelvan a casa”. Y esos miedos que tenía al principio, ahora saben que, en su caso, fueron en vano. “Los superé porque al llegar estaba mi marido y quería integrarme. Al querer integrarte siempre te encuentras con personas calurosas que te acogen, yo tuve esa suerte. La clave para superar situaciones difíciles es voluntad pura y dura, nada más”.

Awa

Jose nació en la provincia de Granada, pero reconoce que sus primeros recuerdos son de un pueblo de Málaga llamado Estación de Cártama. “Mis padres fueron pueblito por pueblito porque mi abuelo era arquitecto y se dedicó a hacer proyectos de escuelas e iglesias en los pueblos pequeños”, recuerda. Cuando Jose habla lo hace de tal modo que quien escucha al otro lado del teléfono se imagina que, mientras conversa, sonrío. Y se nota que esa sonrisa se expande al contar que “en aquel tiempo, a veces la misma iglesia se hacía para que sirviera de escuela”. Ese vínculo entre el conocimiento y la religión estará presente en gran parte de su historia. Pero no nos adelantemos.

De Estación de Cártama, siendo ya un adolescente, Jose marchó con su familia a la capital malagueña y de ahí, después de unos años, a Bilbao para volver a la ciudad mediterránea con lo aprendido y montar su propia empresa. “Tenía un trabajo muy rentable en aquella época, pero no dejaba de preguntarme: ¿Para qué necesito el dinero? Lo más importante para mí era saber qué sentido tenía toda esa lucha constante y diaria por el trabajo, el dinero y un montón de cosas que no tenían sentido para mí. Yo pensaba: Tiene que haber una razón más profunda para existir. No puede ser que la vida sea solamente esto”, explica. Entonces tenía unos veinticinco años y ya formaba parte del movimiento espiritual Sant Mat, surgido en India en el siglo XIII. “Ahí nos enseñaron a meditar y a tener una vida y una alimentación sana. Pero mi búsqueda seguía”, señala.





“Tuve una crisis existencial, quería saber por qué existía. Así que, como me iba muy bien, con el dinero que ahorré me tomé un año sabático y compré una mochila. Me dediqué con otro amigo, Sebastián, a recorrer caminando parte de la península y llegamos casi hasta el último pueblo de la parte oriental. El recorrido duró unos meses porque no teníamos ninguna prisa, pero empezó a refrescar el tiempo y pensamos: ¿Dónde podemos ir que tenga una temperatura estable y se hable español? Y ahí nos vino la idea de venir a Canarias. Esa fue la razón por la que llegué hasta aquí: la búsqueda espiritual y el buen clima”.

¿Derecha o izquierda? Fue la pregunta que se hicieron Sebastián y Jose al aterrizar en el aeropuerto del sur de Tenerife. “Decidimos tirar caminando hacia la izquierda y llegamos hasta Los Cristianos. Después seguimos recorriendo la isla, dirección a Icod de los Vinos, pero, como cuando llegamos era invierno, ya hacía frío, así que mi amigo Sebastián fue al Puerto de la Cruz a comprar un saco de dormir más cálido. Y yo me quedé en la plaza que está al lado del Drago milenario y allí dormía cada noche. Cuando Sebastián regresó a los tres días, me contó que había encontrado a una persona persa que se llama Loloi, que le habló de la Fe Bahá’í. Yo estaba un poco escéptico en esa época y le dije: Como si no tuviéramos suficientes religiones, pues una más”, rememora y, ya sí con total seguridad, su risa delata su alegría.

De la mano de Loloi, Jose conoció a María Alicia y a Inge. “Al conocer a estas dos personas me dije a mí mismo: Estos tienen algo tan especial que yo no me voy de aquí hasta que no descubra qué es. Me sentí tan querido, tan valorado y respetado... como nunca antes había sentido en mi vida. Yo me preguntaba cómo es que esta gente era tan agradable, tan maravillosa y tan atenta, y además con una gran sabiduría”. Con estas personas descubrió que su fuente de inspiración y guía era la Fe Bahá’í, una religión que surge en Persia en el siglo XIX.

Antes de conocerla, Jose “no tenía apego al dinero y a las posesiones, afortunadamente, porque tenía el pleno convencimiento de que el dinero no es lo que me hace feliz. Quizás porque mi familia estaba económicamente bien. Lo que yo tenía era un hambre de amor tremenda. Tenía un conflicto muy profundo de afecto, una mezcla de necesidad de amor y rechazo a la vez. Eso me ha costado

resolverlo varias décadas.” Lo logró, en gran medida, gracias a las enseñanzas de la Fe Bahá'í, mediante la cual con los años ha resuelto su duda existencial: “Ahora sé que, ante cualquier situación, siempre hay una oportunidad de aprender y elevar la conciencia. Y eso me da una enorme tranquilidad y confianza en la vida. Ya sé por qué existo”.

Para Jose, “cada ser humano es único, y el espíritu está ahí como un potencial. La decisión más trascendental que yo creo que puede tener una persona en su vida es cuando nos decimos: Creo que Dios existe o que hay una parte trascendente en mí o hay algo más elevado que me atrae. No lo comprendo del todo, pero quiero hacer el esfuerzo por profundizarlo y desarrollarlo. Esa es la llamada del espíritu y el alma se puede dirigir de esta manera, con cierta conciencia, a investigar y explorar eso. Entonces, esa persona, si lo hace de una manera seria y con sabiduría, poco a poco irá elevándose y cada vez se acercará más a desarrollar ese potencial”.

Un proceso que le ha enseñado es que “el peor enemigo del ser humano y el mejor aliado está dentro de nosotros y es nuestra propia mente. La mente puede ser una excelente aliada, pero también puede ser muy engañosa. La sabiduría empieza con la afirmación de Sócrates: Solo sé que no se nada. En ese estado de humildad se reconoce que lo que sé es insignificante, por mucho que sea, con respecto a lo que me falta por saber. Cuando uno llega a ese punto, puede más fácilmente controlar el ego y decir: Creo que esto es así por la experiencia que tengo, pero no descarto que pueda haber otros matices que yo todavía no entiendo y que estoy dispuesto a conocer, porque quiero aprender y quiero avanzar. Esa actitud de humildad es fundamental para la transformación personal y social”.



Si estuviéramos en Uruguay este lunes 29 probablemente comeríamos ñoquis caseros, una de las costumbres que más echa en falta Ana de su tierra. “También extraño ver llover, allá llueve tanto, tanto. Algo típico de allá es que cuando llueve todo el mundo hace tortas fritas y huele a grasa, que es con lo que las freímos. Todas las casas huelen igual los días de lluvia”, se deleita esta uruguaya que llegó hace diecisiete años a Tenerife.

Como un seísmo, las consecuencias económicas del atentado que provocó la caída de las Torres Gemelas en el año 2001 sacudieron el mundo, y al que es el segundo país más pequeño de Sudamérica llegó disparando el dólar. “Mi pareja y yo perdimos el trabajo, el banco se quedó la casa y nos vimos en la calle mendigando”. Entonces Ana tenía 27 años y era madre de un niño de cinco. “Fue una situación bastante dura porque cuando tu hijo te pide algo que comer y tú no tienes que darle y le tienes que decir que se duerma y que en el cole le van a dar por la



mañana su lechita caliente y su pancito con dulce de membrillo, te empiezas a cuestionar muchas cosas”. La respuesta que encontraron fue poner rumbo Atlántico arriba, hacia la localidad tinerfeña de Los Cristianos. “Me vine con muchos miedos y mucha tristeza porque dejaba toda mi vida allá, mis amigos, mi familia, mis sobrinas chiquititas. Pero bueno, con expectativas de que aquí nos iba a ir mucho mejor”, rememora.

No fue una decisión fácil. Desde bien chiquita Ana fue un pilar en su familia. Su hermana mayor nació con parálisis cerebral y al cumplir seis años su madre perdió la vista. “Me vi con una mamá diferente a otras mamás. Una mamá que no me podía ayudar a hacer la tarea, que no me podía peinar bien, pero una mujer que



es un ejemplo porque hizo todo lo que pudo para que nuestra niñez fuera lo más normal posible. Pero, cada vez que la familia salía a la calle todo el mundo nos miraba, entonces evitaba el salir a pasear con ellos. Hasta que fui creciendo y me fui dando cuenta de que era mi hermana y era mi madre, y era más lo que ellas me aportaban como personas que esa vergüenza que podía tener”, relata orgullosa y de carrerilla, como deshilando sus recuerdos.

Hasta que uno se le atraganta: “Más tarde le detectaron a mi hermana y a mi hermano mayor la enfermedad de la vista de mi madre. Ella dejó de ir a la escuela conmigo para ir a una para personas ciegas y él, que estaba estudiando Abogacía, tuvo que dejar la carrera porque no teníamos medios para los materiales que necesitaba para estudiar con la ceguera. Yo tendría unos ocho años y fue bastante duro ver que se estaban quedando ciegos. Después de eso, mi otro hermano cayó en las drogas”.

La adicción en su entorno no le era ajena. Ana había crecido con un padre con dependencia al alcohol, viviendo situaciones difíciles en su casa. Por eso, cada vez que tenía ocasión salía en busca de aire libre. “Me encantaba ir de acampadas. Era como mi mundo, como un escape”, explica. Como si quisiera recuperar su niñez, siempre tuvo claro que haría la carrera de Magisterio Infantil. “Estudiaba y trabajaba para poder pagarme la universidad porque con 17 años me marché de casa. Fui una chica siempre muy independiente. Debido a la situación de mi madre digamos que maduré muy deprisa. Allá trabajé en una guardería, y con 19 conocí al papá de mi primer hijo, y con 22 fui madre por primera vez. Mi hijo le puso un rayito de luz a mi vida”.

Por él fue que se vino a Tenerife en busca de un futuro mejor, con la maleta cargada con el peso del pilar que sabía que ella era para su familia. Atrás dejaba el mundo que conocía, o eso pensó. “Cuando llegué fui una mujer maltratada y me vi en la situación de tener que separarme del papá del niño y quedarme sola con él aquí, buscar trabajo y buscarme una vida. No tenía autoestima en ese entonces porque el maltratador te hace creer que tú no vales para nada. Te reconozco que yo aquí el único consuelo que tenía y a quien único podía contarle mis cosas era a Dios. Entonces empecé a orar firmemente y a pedirle que me ayudara y que me diera, sobre todo, paz y tranquilidad porque estaba bastante mal psicológicamente”.



Hasta que se sintió acogida. “Tener a alguien en el lugar donde emigras o conocer a personas allí que te acojan es muy importante porque realmente te sientes muy sola. Yo valoro muchísimo a la familia que me acogió y me ayudó en todo y en todos los sentidos”. Fruto de ello, nació su hija. “También fue una bendición en mi vida”, añade Ana para quien “el amor es algo esencial, las personas lo necesitan”. Su resiliencia bebe de su propia historia: “Me ha ayudado mucho ver a mi madre y a mi hermana con sus problemas. Son dos mujeres

que para mí son un ejemplo de superación. Muchas veces me decía: «Pero si mi madre nos sacó a cuatro niños pequeños adelante, qué es esto para mí. Yo que veo, no como mi madre, o que me puedo mover para cualquier lado, no como mi hermana»”.

Ahora compagina su trabajo como administrativa en la administración local, con la devoción que siente por su hijo y su hija, de los que afirma: “Me siento súper orgullosa de los hijos que tengo”. Su vida está además compuesta por la familia que ha elegido, con las amistades que ha hecho aquí y, cada vez que puede, se trae también a sus familiares a la Isla. Cuando echa de menos su país, va a Santa Cruz porque dice que le recuerda mucho a Uruguay. Casi veinte años después de llegar a Tenerife, Ana se define como “una mujer que se ha superado, me siento una mujer valiente. Siempre se sale. Parece que no, que el túnel es siempre oscuro y que no ves la salida, pero siempre se sale y salir de todo eso depende de uno porque, eso sí, tenés que trabajar, pero todo el esfuerzo tiene sus frutos”.

Ana

Julia apenas contaba tres años, pero ya estaba viviendo un proceso migratorio: el del campo a la ciudad. Son las emigraciones rurales uno de los desplazamientos de población más antiguos, acelerados a mitad del siglo XX con la Revolución Industrial. Incluso a día de hoy la urbanización está muy ligada a las migraciones internas, que prevalecen frente a las externas y se acentúan a causa del calentamiento global. Según el último informe sobre las migraciones en el mundo, elaborado por la Organización Internacional para las Migraciones, son



740 los millones de personas que han migrado dentro de su propio país de nacimiento con respecto a los 244 millones de migrantes internacionales.

En el caso de Julia, marchó con su familia a la capital peruana desde Cajamarca, “un lugar muy bonito, es por donde empezó la conquista de los españoles y hay gente muy blanca por el mestizaje. Allí no se habla quechua, sino castellano. La Gomera es un lugar muy parecido a la tierra de mis padres, que fueron a Lima a buscar mejoras, como en todos los movimientos migratorios”, señala. Al llegar a la ciudad eran cinco: sus padres, sus dos hermanos mayores y ella. “Tuve una bonita infancia. Recuerdo las fiestas que hacíamos. Mi madre me protegía mucho a través de mis hermanos para que me acompañaran a todos lados. Ella también era muy trabajadora y nos daba mucho cariño. Mi padre trabajaba como contratista de obra, construía muchas casas en diferentes lugares y tenía sus cuadrillas de personal para construir. Siempre venía con planos, proyectos, ... Teníamos un huerto en el que mi madre sembraba y criaba a los animales. Allí corríamos y jugábamos. Yo me subía por los árboles frutales y fabricábamos nuestros carritos de barro y hacíamos competencias y luego los destruíamos”, rememora Julia, quien habla parsimoniosamente, como relamiendo con gusto sus recuerdos, incluso las partes más amargas. “Todo estuvo bien hasta que mi madre falleció. Y fue así



de repente, se murió de un cáncer”.

Para entonces, a los tres hermanos que llegaron a Lima se habían sumado otros seis. Julia acababa de terminar la secundaria y de sopetón se vio como la mujer de la casa.

“«Mira, yo ya no voy a estudiar», le dije a mi hermano el mayor. Y dice: «¿Cómo? No, no, no, todos vamos a estudiar. ¿Por qué no vas a estudiar?».

«Porque tengo que criar a mis hermanos».

«No, no, no. Tú tienes que seguir. Nadie va a dejar de estudiar». ¡Gracias a que fue sabio, aunque tenía dieciocho años! Yo tenía catorce y después todos éramos escaleritas hasta los siete meses de mi hermana la pequeña. Cuando se enfermaba yo la llevaba en el bus al centro médico, que no estaba cerca, y la gente movía la cabeza como con pena de ver a una cría con otra cría. A veces damos por hecho cosas sin saber la realidad porque era mi hermana, no era mi hija”, reclama todavía hoy. Pero su historia demuestra que, al final, lo bueno es lo que prevalece: “Tuvimos dura lucha porque a veces si es verdad que no teníamos alimentación y una vecina muy buena venía siempre a ver si habíamos almorzado y ella tenía solo dos niños. Cuando tienes no valoras y cuando no lo tienes valoras, ¿no? Y ella decía: «Mira, mis hijos hoy no quisieron los espaguetis. Les voy a traer los espaguetis, pero mañana les voy a preparar la sopa»”. Y poco a poco la familia al completo fue saliendo adelante: “Mi hermano estudió Mecánica automotriz e hizo como tres carreras mientras estaba trabajando porque estudiaba por la noche. Él trabajaba y cuando yo empecé a postular a la Universidad, él me apoyó y me dijo: «Mientras yo trabaje, lo podemos hacer». Mi padre la verdad es que se desentendió muchísimo de nosotros, se vio muy solo, como inútil, no sé cómo se sentiría porque en ese momento yo era una niña y estaba preocupada de dar de comer y apoyar a mis hermanos y no pensé en él en ese momento porque tenía que atender a mis hermanos, llevarlos al colegio, asearles, todo. No era fácil. Pero nos organizamos, la verdad, y gracias a Dios, todos pudimos culminar el colegio y después todos fuimos a la Universidad”. De esos años universitarios, recuerda cómo se intensificaron las migraciones internas en su país y el partido que decidió tomar en ellas. Tal y como lo había hecho su familia años antes, “cientos o miles de familias de diferentes lugares del interior del



país se habían instalado de la noche a la mañana en arenas sin ningún tipo de servicios esenciales como agua, luz, etcétera”. La mediática situación había atraído a estudiantes de distintas universidades de la capital, entre ellos Julia. “Nuestra vista se perdía en el horizonte, era increíble ver esa masa humana de familias enteras, niños, bebés, mujeres y hombres. Nos adentramos a mirar y nos dimos cuenta de que estaban organizados según del lugar de donde procedían”, explica y añade orgullosa que fue su primera experiencia participativa, en la que se fueron organizando según las distintas especialidades universitarias para hacer de aquel un lugar habitable para esas personas: “Inmediatamente los chicos de ingeniería hidráulica fueron a buscar la troncal de la toma de agua para abastecer este lugar, que era un desierto toda la vida. Otro grupo de la Universidad de San Martín de Porras se iba a encargar de los temas legales con el municipio de Ancón y la Municipalidad de Lima para ver qué convenios realizaban en favor de esta multitud. El grupo de la Universidad de San Marcos (sociólogos, psicólogos, médicos...) se



pusieron en marcha para apoyar a este gran grupo humano y finalmente conseguimos realizar trámites para los planos de topografía y ubicación, planos de instalaciones eléctricas y de red de agua y los títulos de propiedad. Hicimos un trabajo inmenso: un centro médico, un colegio, guarderías, campos deportivos en cada zona, ... El "Proyecto Panamericana Norte" así fue como lo llamaron en la Municipalidad de Lima. Entonces aprendí lo importante que es ayudar a las personas y cómo prosperan las personas a base de esa ayuda”. Para cuando Julia migró por segunda vez ya tenía una carrera universitaria y había fundado su propia empresa familiar, que compaginaba con su trabajo en la Bolsa de Valores de Lima. “Cuando ya llevaba siete años trabajando en la Bolsa, renuncié porque necesitaba apoyo para mi familia y no ganaba lo suficiente. Así salí de mi país, buscando mercado en otros países”, explica. A la tercera va la vencida y ese



fue el número de veces que estuvo en Tenerife asistiendo a ferias internacionales de artesanía hasta que decidió quedarse. Una vez más, hizo muestra de su valentía. “Me aventuré sola a vivir aquí. Antes de venir me preguntaba cómo sería una isla, me la imaginaba desierta [se ríe]. Me gustó por el clima, la isla es fantástica. En Perú también tenemos climas distintos, pero es que mi país es una extensión inmensa, de prácticamente tres veces España. Para mí era increíble que en una hora ya tuviera frío cuando venía de pasar calor. También me quedé por el idioma, que era el mismo que el mío. Otro motivo fue que me quedaron debiendo un montón de dinero”.

Julia nunca recuperó esa deuda. Se estableció en la isla, se enamoró, tuvo a su hijo y vio como el padre se marchaba. Pero ni con esas, Julia siguió adelante. “Me llevaba a mi hijo a todos los trabajos y lo metía debajo de la mesa en un capacito. Yo me he dedicado a mi niño, incluso he tenido que dejar algunos trabajos para cuidar de él porque para mí lo más importante es su educación, la que se va a reflejar en él el día de mañana”. Pero, a decir verdad, Julia no solo se ha dedicado a su hijo: “Soy una mujer muy inquieta. Siempre estoy en grupos sociales, como Juntas En la misma dirección. Me gusta ayudar, me gusta estar con la gente. Si tengo lo necesario para llevar un plato de comida, tengo una casita y estoy contenta, dentro de lo que puedo, ayudo”, asegura.

Tras veintisiete años en Tenerife, su primer empleo acorde a su titulación universitaria lo tuvo el pasado año y ella lo cuenta con ilusión. Terminó el contrato y el trabajo concluyó, pero ella sigue arrimando el hombro por lo que quiere sacar adelante: su hijo y aquello en lo que cree. “Yo he tenido un bonito proceso de asentamiento aquí porque he conocido mucha gente buena que me ha apoyado. Ahora, de toda la convivencia que hemos tenido las asociaciones migrantes a raíz de conocernos en Juntas En la misma dirección, nos hemos organizado en la Red Migrante Tenerife para ayudar con esta situación del covid y para reivindicar los derechos de las personas migrantes como un ente autónomo e independiente”. Para Julia “salimos al mundo y no sabemos dónde nos vamos a asentar realmente, dónde vamos a criar raíces. Yo si voy ahora a mi país voy a ser una extranjera. Volví hace un par de años de visita, pero ya no siento que pueda quedarme allí. Ya me he asentado aquí y ya formo parte de Tenerife”.

Tiene 15 años y dice no estar segura de lo que es la resiliencia, pero Seynabou habla sobre ella, sin saberlo, con el aplomo de una experta: “Yo creo sinceramente que no se supera lo que más nos afecta, sino que se sobrevive a ello. Ni siquiera creo que tengas que superarlo, sino aprender a vivir con ello. Yo, a día de hoy, he sobrevivido al fallecimiento de mi padre, pero no lo he superado. Tengo días en los que pienso mucho en ello. Recuerdo que cuando era pequeña mi madre, desde el balcón, me decía: Cuando mires al cielo, la estrella que más brilla, esa es papi. Y eso yo lo creo como si fuera una religión. Ahora todo lo que hago, lo hago pensando en él, para hacerle sentir orgulloso”.

Entonces, no lo recuerda bien, tendría cuatro o cinco años. Lo que no olvida es que por esa edad, en el colegio, ya empezaba a sentir el peso de la discriminación. “Me hacían sentir menos por tener el color que tengo, que asociaban con África. Me decían que era pobre y me hacían sentir que era menos que los demás. Con el tiempo he aprendido que todo eso son etiquetas. Cuando iba a Senegal me daba cuenta de que no era verdad lo que decían, que, sobre todo culturalmente, para nada es un país pobre. Es más rico de lo que mucha gente piensa. Además, en casa tenía el ejemplo de mi madre, que es senegalesa y que tiene el mismo color de piel que yo, pero es una mujer luchadora y a la que no le falta de nada”.

La figura de su madre es potente en la vida de Seynabou, como si fuera un faro que ilumina sus certezas en medio de lo que ha debido de ser un mar revuelto de emociones. Ella le empujaba a que conociera Senegal, de donde proceden sus orígenes, y contrastara lo que, en ocasiones, sentía cada vez que, por su piel negra,





tenía que asegurar que ella es de Guaza. “No importa de dónde venga mi familia o de dónde venga yo, el choque cultural va a estar más en la persona que en la propia cultura. Yo soy de Canarias y también tengo cultura senegalesa”, recalca. En su caso, más que cultural, el choque que ha experimentado es más bien personal: “Yo soy muy familiar y la mayoría de mi familia está en Senegal. He ido mucho a visitarles y siempre que voy para mí es como estar en casa. De pequeña, en el avión de vuelta a Tenerife siempre lloraba y eso que me sentía muy feliz de volver a estar con mi madre”.

Seynabou valora tremendamente la libertad que le aporta vivir a este lado del Atlántico y, al mismo tiempo, afirma con admiración que “en Senegal tenga mucho peso la comunidad y la unión. Y yo estoy muy de acuerdo con eso”. Es algo que ha vivido también en Juntas En la misma dirección, primero a través de Participación Infantil Amiguitos y Amiguitas y más recientemente con Jóvenes por la Diversidad. En ambos grupos de esta estrategia para la promoción de la convivencia intercultural en Tenerife asegura sentir que “nos escuchamos todas y todos”.



“Los adultos a veces tienen el pensamiento de que la edad es lo que define el conocimiento de una persona. Yo no pienso así, creo que todo el mundo puede aportar, tenga la edad que tenga. Aunque puedas no estar de acuerdo, pienso que todo el mundo merece ser escuchado. Estoy segura de que habrá adultos que estén más de acuerdo conmigo que con personas de su edad”.



“Desde la cuna vengo luchando por la vida”, así comienza Roxana a contar su historia marcada por un entorno de reivindicaciones, solidaridad y supervivencia. “Mi mamá me contaba que, al mes de nacida, me dio una enfermedad que se llama coqueluche y pensó que no iba a sobrevivir. Pero sí, aquí me tienen”, dice riéndose. Nacida en Bolivia, dice haber percibido a diario los problemas sociales desde niña, “al ir a estudiar a un colegio que estaba cerca de la universidad y ver los focos de reivindicación de la juventud”.

Fue en esa época de su vida en la que recibió lo que para ella fue el primer golpe del que tuvo que reponerse: el divorcio de sus padres. “Nunca los vi pelear y para nada me lo esperaba. Eso supuso que acabáramos quedando a vivir con mi papá. Tenía catorce años y no entendía por qué mi madre se había ido. No lo entendía. Estaba muy resentida con ella porque me sentía abandonada, pero gracias a mi padre que todos los fines de semana nos mandaba a verla. Yo iba a regañadientes, pero de ese modo me vi obligada a no perder el contacto con mi mamá y, con los años, llegué a entenderla. El hecho de que mi padre nunca hablara mal de mi madre es algo que siempre voy a llevar en mi corazón, gracias



a él hoy tengo una relación magnífica con ella. Es una lección en mi vida que sigue dentro mío y lo valoro un montón”, explica.

Entonces eran tres hermanos, pero tras la separación de sus padres llegaron a ser siete de una familia que ella define como “una mezcla total”: “Tenemos raíces polacas, austriacas, alemanas, lituanas, bielorrusas, españolas y también sangre indígena. Mi tatarabuelo, por parte de madre, era un sacerdote español, al que enviaron a cristianizar a los indígenas, lo destinaron a Tahua un pueblito muy alejado en el Salar de Uyuni, en Bolivia. Allí concubino con una indígena y tuvo cuatro hijos, pero mi madre nació en Berlín porque a mi abuelo le dieron una beca para ir a allá. Mi abuelo por parte de padre nació en Bielorrusia, que en ese momento era la URSS. Él era judío y se vio obligado a emigrar y se fue a Alemania durante la Primera Guerra Mundial. Luego se casó con una señora alemana de raíces lituanas, también judía, y allí nació mi padre, pero tuvieron que marcharse por la Segunda Guerra Mundial y así llegaron a Bolivia, al igual que una parte de mi familia materna”.

Así fue como Bolivia los encontró y acogió de una manera que marcaría a Roxana en su modo de entender y valorar lo que implican las migraciones. “Para mí es una suerte que acabaran todos en un país en el que no los metieron en ningún centro, ni los encerraron en ningún campamento y donde tuvieron la oportunidad de poder trabajar, de poder buscarse la vida y que su descendencia pudiera nacer libre”, afirma con admiración. Una humanidad que echó en falta cuando, a sus 42 años, fue ella la que tuvo su primera experiencia migratoria. “Austria es muy lindo, pero yo sentía el racismo a cada segundo. Ni a mí ni a mis hijos nos detenían en las estaciones, algo que era bastante frecuente, pero porque nosotros no tenemos rasgos que les hicieran creer que éramos inmigrantes. En las condiciones laborales y en el trato en el colegio sí sentía que les trataban diferente”, asegura.

Ese capítulo de su vida llegó tras dos reveses. El primero casi veinte años antes, cuando su primer marido falleció: “Ese fue quizás el peor momento de mi vida. Mi hijo mayor tenía seis años, el segundo cuatro y la pequeña dos. Nuestra vida dio un giro totalmente porque mi marido era el que trabajaba y de la noche a la mañana me vi prácticamente en la calle porque murió en un accidente de avión y tuve que luchar contra la empresa de aviación, lidiar con la justicia y ver de dónde

sacaba para darle de comer a mis hijos. La vida te enfrenta con situaciones impredecibles a veces y hay que hacer de tripas corazón, más cuando tienes niños que dependen de ti y no puedes echarte a morir, tienes que ver la manera de sacarlos adelante”.



Y así lo hizo años más tarde, tomando la determinación de marcharse dejando atrás un país con una situación económica difícil y a un segundo marido del que quería divorciarse, pero que la amenazaba con que si lo hacía mataba a los dos hijos que tenían en común. Con gran valentía, Roxana dejó atrás esa vida y llegó a Europa, primero con sus dos hijos más pequeños y luego logrando traerse a los demás. En Austria estuvo quince años, compaginando dos trabajos que le quitaban 16 horas del día y teniendo que asumir que, mientras tanto, sus hijos se cuidaran entre ellos, lo que en sus palabras supuso que crecieran “con una gran soledad”.

Fue el nacimiento de su nieta lo que hizo que conociera Tenerife y finalmente se trasladara a vivir a esta isla, pero tal y como relata, fue un comienzo agridulce. “El problema es que nos vinimos en el peor momento, en 2008, cuando comenzó la crisis económica y las cosas no marchaban bien, aunque la acogida fue muy buena, hablábamos el idioma lo cual fue una ventaja y aquí viven muchos compatriotas. A través de la asociación de Casa Bolivia conocí Juntas En la misma dirección, lo que me ha permitido conocer personas maravillosas en todos los sentidos, relacionarme y tener una familia prácticamente”. Y aquí sigue tirando hacia delante porque, como decía al principio de su relato, ella es luchadora desde la cuna.

“Fue casarse, venirse y adaptarse”, dice Herminia para describir los últimos de sus recién cumplidos 34 años de vida. Ella, que había tenido una infancia tan tranquila e idílica en Venezuela acabó cruzando a pie la frontera entre su país y Colombia para poner rumbo a Tenerife. “Mi infancia fue magnífica. Recuerdo viajar por el país; pasear por Quibor, nuestro pueblo; jugar con mis primos, pero siempre después de estudiar. Todo lo que hay aquí. Cuando cumplí 24 o 25 años empezó a decaer el país y llegó un punto en el que ya no veía que la cosa prosperara. Yo trabajaba como psicóloga y el dinero daba justo para comer. Empecé a frustrarme y a frustrarme porque no tenía nada”. Acababa de casarse con su marido y al poco tiempo salieron de Venezuela. “Dejamos a la familia atrás, pero lo hacíamos con la convicción de llegar aquí y poder apoyarlos. Mi esposo y yo salimos por tierra y había mucha corrupción entre los guardias. Se llevaban dinero, portátiles, tabletas... Pasamos caminando la frontera entre Venezuela y Colombia y luego fueron como cinco horas para que nos sellaran la salida del país. Nunca pensé vivir eso, pero ya lo pasamos. Luego hicimos otra cola de dos, tres horas para que nos sellaran la entrada a Colombia y gracias a Dios al otro lado estaba mi primo, que nos recibió en su vivienda por una semana más o menos. Ahí ya nos sentimos algo mejor y conocimos Bogotá antes de coger el avión hacia Tenerife, porque aquí ya vivía el padre de mi esposo”, relata de carrerilla, como si evitara detenerse en esa parte de su historia.





En ella pasa por tres países y en los tres coincide un factor común: la relevancia que ha tenido para Herminia el sentirse acogida por diferentes personas. No ocurrió así con los agentes de seguridad en la frontera de su país, pero sí con su primo en Colombia y después con un amigo de su padre en Tenerife que vivía en El Fraile. “Estuvimos con él hasta que mi esposo consiguió su trabajo y sus papeles. Lo consiguió rápido porque él es hijo de españoles y ya venía con todo listo. Pero para mí no fue lo mismo. Me sentía mal porque yo no tenía papeles y en todos lados me decían que sin ellos nada de trabajo. A base de que me dijeran una y otra vez que no, yo decaí. Además, tampoco conocía a nadie y me sentía como un bicho raro. Me sentía tan agobiada, tan preocupada, tan sola, tan incomprendida que empecé a refugiarme yendo a la iglesia”.



Y de nuevo la importancia de una buena acogida. En este templo conoció a gente, entre ellas, cuenta, “María Nayibe, que nos habló de la posibilidad de un lugar mejor donde vivir que en el que estábamos. Dimos la entrada del alquiler, arreglé la vivienda y nos mudamos allí. De verdad que yo no tengo palabras para decirte lo excelente que es María. Desde que la conocí estuvo a una conmigo”.

Entonces parecía que la situación empezaba a enderezarse y por fin encontró un trabajo. “Era en un bar y me pagaban 25 euros al día, a veces 10, así que lo dejé.



Pero luego conseguí un trabajo de niñera con una familia de Marruecos y estuve muy bien”, recuerda. Hasta que llegó su embarazo y lo que podría haber sido una noticia feliz, supuso una vuelta a los temores. “Tuve que dejar el trabajo porque todavía no tenía mis papeles y yo tenía el miedo de que cuando me encontraba mal ni siquiera podía ir al Centro de salud. Pero al final me dieron una tarjeta provisional y por ahí fue por donde yo pude acceder a la asistencia médica. Después, a los ocho o nueve meses, por fin me entregaron el NIE”, concluye aliviada.

Ahora mira hacia atrás y afirma rotunda que su experiencia “en El Fraile ha sido buena. Es muy tranquilo, he hecho amistades y estoy muy bien. Además, con el grupo Participación Ciudadana El Fraile, de Juntas En la misma dirección, he tenido la ocasión de participar para hacer cosas para las personas inmigrantes y de aquí, y eso me ha gustado mucho”. Su próximo reto personal: “conseguir homologar mi título de Psicología” porque, por lo pronto, es en Tenerife donde quiere que su hijo crezca. “Mi país antiguo era un país de ponerse metas, de gente abierta, de oportunidades, de naturaleza increíble. Venezuela es un país súper bello, pero yo quiero que mi hijo conozca el país que yo pude vivir”.

Herminí